

## Curalaba: cuando la política no entiende la guerra Curalaba: When politics do not understand war

Eduardo Cebrián\*

Universidad San Pablo CEU  
educebrian@gmail.com

### Resumen

El presente trabajo se centra en dar una nueva mirada a las causas que provocaron el desastre de Curalaba y a la responsabilidad que tuvo en este acontecimiento el gobernador Martín García Oñez de Loyola. La perspectiva adoptada se aleja de la concepción tradicional que responsabiliza al gobernador de este desastre y analiza nuevamente los hechos a base de un riguroso análisis documental que nos dará una visión distinta de los sucesos y permitirá entender a cabalidad las acciones tomadas por el gobernador que lo llevaron a morir en tan célebre acontecimiento.

**Palabras claves:** Guerra de Arauco, Desastre de Curalaba, Gobernador Martín García Oñez de Loyola, Conquista de Chile, Ejército Español.

### Abstract

This study takes a new look at the factors which caused the Curalaba Disaster and at Governor Martín García Oñez de Loyola's responsibility in this event. The point of view adopted is far from the traditional notion that makes the governor responsible for this disaster. This approach examines the facts based on a strict documentary analysis which will give us a different view of the events and will allow us to fully understand the actions taken by the governor, which caused him to die in such a notorious event.

**Key words:** Arauco War, Curalaba Disaster, Governor Martín García Oñez de Loyola, Conquest of Chile, Spanish Army.

En la historia existen hechos que son tomados como una verdad irrefutable y por ello no se tienden a revisar, ya que no hay necesidad de ello. Lamentablemente, esa situación termina por condenar a algunos personajes a

---

\* Magíster en Historia del Mundo Hispánico (CSIC), Doctorando en Historia (U. San Pablo Ceu), Jefe del Departamento de Historia del Colegio Saint Gabriel's School.

la gloria y a otros a la ignominia, pero en realidad son hombres y mujeres que tuvieron que vivir en la complejidad de su época y mucho de su actuar tiene relación con las situaciones que les tocó vivir. Es por ello que es necesario empezar a revisar la historia, a analizar estos sucesos y personas dentro del contexto global en el cual se desarrollaron los hechos, y no el suceso en sí.

El escrito que se desarrolla a continuación busca mostrar, en un contexto amplio, la realidad en la que vivió el gobernador don Martín García Oñez de Loyola y cuáles fueron las causas que lo llevaron al desastre de Curalaba y a su propia muerte. Se tomarán evidencias documentales e historiográficas que nos acercarán lo más posible al gobierno en estudio para poder hacernos un panorama desprejuiciado de la situación.

La importancia de este tipo de estudio radica en la necesidad de acercarnos cada día más a los hechos en sí y entenderlos en su contexto, derribando los velos de los mitos y personajes buenos y malos de la historia para quedarnos con una visión de la realidad de la época completa y lo más objetiva posible.

Los invito a leer este breve estudio sobre un hecho tan importante para la historia de Chile como fue el desastre de Curalaba y la actuación del gobernador don Martín García Oñez de Loyola antes y durante este hecho. El desastre de Curalaba lo llevará a su muerte, pondrá fin a la conquista de nuestro país y dará inicio a la época colonial marcada por la guerra, la pobreza y la precariedad constante de una vida que está bajo la sombra de la catástrofe.

En el amanecer del 23 de diciembre de 1598, las fuerzas mapuches comandadas por el Toqui Pelantaru atacan el campamento español del gobernador don Martín García Oñez de Loyola, sorprendiendo a todos los soldados e indígenas amigos en la más completa indefensión, masacrándolos antes de despertar. Los que lograron tomar las armas fueron rápidamente reducidos, debido al número de los atacantes y el desorden que se produjo por la sorpresiva agresión, produciendo un hecho que marcará la historia del Reino de Chile: la muerte del gobernador y la de sus cincuenta hombres que lo acompañaban<sup>1</sup>. Además, este hecho pone fin a las ciudades al sur del

<sup>1</sup> En el Canto II de *Doce Cantos Sobre Chile* se señala que sobrevive un español muy mal herido que se hizo pasar por muerto y que logró después de dos meses llegar a una población española casi irreconocible (anónimo). También hay algunos autores que señalan que sobrevivió un soldado español y un clérigo, “murieron todos los soldados excepto, tal vez, Bernardo de Pereda, que fue dejado por muerto oculto en el follaje del bosque... El clérigo Bartolomé Pérez fue respetado seguramente porque no llevaba armas y era conocido por algunos captores...”

río Bío-Bío en lo que se recordará como la gran sublevación mapuche de 1598, que es la responsable de marcar la frontera definitiva entre los territorios efectivamente dominados por los conquistadores hispanos y el de los mapuches que presentaban oposición a esta dominación.

La historia ha juzgado categóricamente el papel que desempeñó el gobernador Oñez de Loyola por su descuido o falta de previsión, su confianza en el apaciguamiento de indígenas y territorios que en el fondo no lo estaban, pero ¿es realmente toda la responsabilidad del gobernador o fue la política bélica en su extensión la que no entendió las circunstancias de la gobernación y fue coartando el accionar del gobernador Oñez de Loyola en pos de intereses particulares? Es esta situación que intentaré probar en las líneas que siguen a continuación.

Para entender cómo se empieza a fraguar el desastre hay que remontarse a la fecha de llegada del nuevo gobernado. El 6 de octubre de 1592, en la ciudad de Santiago, jura en su nuevo cargo don Martín García Oñez de Loyola, hombre de gran prestigio no tan sólo por el parentesco con San Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús, sino también por haber capturado y dado fin a la rebelión de Tupac Amaru en 1572. Loyola, hombre ya de gran experiencia en lo militar, viene a Chile a poner fin a una guerra que ya por aquel entonces cumplía más de 50 años y que había cobrado la vida del gobernado Don Pedro de Valdivia, y a asegurar estas posesiones para la Corona<sup>2</sup>. Desde sus inicios como gobernador tuvo que hacer frente a un sinfín de problemas, comenzando ya con la animadversión que le provocaba al Virrey del Perú don García Hurtado de Mendoza<sup>3</sup> quien lo había tratado

---

que reconocieron su amor por los nativos; fue canjeado dos años más tarde. Pereda habría logrado llegar a la Imperial después de dos meses del desastre, con 23 heridas en el cuerpo, irreconocible, flaco y desnudo” (Bonilla 22).

<sup>2</sup> En el libro de Gabriel Guarda se señalan algunas de las obras de Loyola entre las cuales podemos destacar la construcción de la primera fortaleza en Valparaíso conocida con el nombre de El Castillo Viejo y otras construcciones de este tipo en el sur. Para mayor información véase Guarda 50. También Arana destaca los conocimientos militares del nuevo gobernador y señala que funda un fuerte en un “lugar denominado Millapoa, al lado izquierdo del Biobío, y a muy corta distancia del punto en que sus aguas son engrosadas por las del caudaloso Laja o Nivequeten. El fuerte recibió el nombre de Santa Cruz” (Barros Arana 158).

<sup>3</sup> Don García Hurtado de Mendoza ya conocía bien como era la situación de pobreza de Chile y la guerra tan dilatada que se mantenía con los indígenas mapuches ya que había sido gobernador de este territorio entre 1557-1561, cuando todavía se vivía la convulsión de la muerte de Valdivia y el desorden generado por el alzamiento encabezado por Lautaro. El mismo intentó pacificar el territorio al sur del Bío-Bío enfrentándose en la batalla de Millarapué el 30 de noviembre de 1557 y de Quiapo el 13 de diciembre de 1558, reconstruyó fuertes y ciudades y sabía plenamente la necesidad de mantener un contingente militar y constante

de “mísero”, y pedido al rey su revocación del cargo<sup>4</sup>. No es sorprendente en este contexto, que mientras el Virrey García Hurtado de Mendoza estuvo en posesión de su cargo no enviara ayuda militar de ningún tipo a la gobernación de Chile, situación que complicaba de sobremanera por la necesidad de mantener la guerra con los indígenas araucanos y asegurar la puerta del Océano Pacífico y sus riquezas, como era el Estrecho de Magallanes. Esta ausencia de refuerzos y bastimentos obligaron al gobernador Oñez de Loyola a escribir directamente al Rey de España para relatar la precariedad del reino y la necesidad urgente del envío de refuerzos<sup>5</sup>. No se puede pasar por alto que él sabía que el Virrey estaba en su contra, y se lo escribe al rey diciendo “con manifiesta demostración dio a entender ser mi elección contra su gusto y opinión” (Medina tomo IV, 310)<sup>6</sup>, situación que debió ser muy molesta y poco esperanzadora para las intenciones de mantener la gobernación segura y en paz.

Durante cuatro años esperó en una situación crítica, sin refuerzos y con sólo fuerzas militares de encomenderos y vecinos (situación que abordaremos más adelante) antes de que cambiara su suerte con la llegada de “El nuevo virrey del Perú Luis de Velasco, quien asumirá su cargo el 26 de julio de 1596..., logró armar y despachar dos contingentes, bajo la promesa de licenciarlos después de un año de servicio” (Lefort 24).

---

y bien apertrechado para mantener de esta manera la posesión de la gobernación. El 30 de julio de 1588 fue nombrado virrey del Perú y no envió ningún refuerzo a Chile sabiendo de lo peligroso de su actuar.

4. Ver “Carta del Virrey Marqués de Cañete al Rey”, Lima, 15 de mayo de 1593, en *Colección de Documentos Inéditos Para la Historia de Chile*, Segunda Serie, Tomo IV: 1590-1594, Santiago de Chile: Fondo Histórico y Bibliográfico J.T. Medina, 1960, 332. También “Carta del Virrey Marqués de Cañete al Rey”, Lima, 20 de enero 1595, Mss. Medina, Tomo 230, foja 314.
5. En el “Testimonio del estado en que se hallaba el Reino de Chile cuando entró el gobernador Martín García de Oñez y Loyola y el que tiene al presente”, 29 de diciembre 1594, se lee: “si se dilatase la venida de suficiente fuerza de gente, podría suceder la pérdida de toda ella, como lo tienen por sin duda por no poderse continuar la guerra contra los demás rebeldes por falta de gente y ellos cesando como tienen de costumbre, se la harán a los de paz hasta obligarlos a nuevo alzamiento e rebelión. Y que la que hasta aquí se ha trabajado animándose todos a lo imposible, ha sido con esperanza de que cada día vendrá el dicho socorro de gente e moneda, y con la asistencia de invierno y verano que ha tenido sobre el enemigo no ha podido conocer nuestra flaqueza y se han conseguido los efectos y paz susodichos, pues que faltando el mismo proceder que ha tenido y entendiendo la causa, el dicho enemigo podría, como dicho es, descomponer todo lo que se ha ganado y con la gente que al presente hay en este reino es imposible formar campo, ni seguir la dicha guerra” (Medina, Segunda Serie, Tomo IV: 1590-1594, 451).
6. Carta del Gobernador García Oñez de Loyola al rey. 17 de abril 1593.

Los refuerzos fueron celebrados con gran alegría, ya que eran las primeras ayudas al reino y la situación militar del Gobernador Oñez de Loyola estaba al límite. También hay que ver que este refuerzo era, en parte, una ilusión porque los hombres iban a servir solamente por un año, única forma para motivarlos producto de la mala fama de Chile por su continua guerra, los pocos recursos minerales de la tierra y la pobreza de sus indígenas, circunstancias que hacían poco tentador venir a arriesgar la vida, y algo más, con la sola recompensa de un salario magro. Además, los refuerzos eran insuficientes y con poca experiencia, lo que hacía que las deserciones fueran cuantiosas. Estas continuas bajas en el ejército lo debilitaban, situación que se agravaba por la dificultad de reemplazar aquel contingente como aparece señalado en la recopilación de documentos de Medina, en donde se registran las bajas que tuvo el contingente español entre los años 1591 y 1593:

<b>Número de muertos o incapacitados</b>	<b>Causa de las bajas</b>
131	Muertos en diferentes acciones
84	Enfermedades
47	Muertos en combate, accidentes o sentenciados por delitos
98	Se hicieron religiosos, enfermos o fugados <sup>7</sup>

Para complicarle las cosas al gobernador Martín García Oñez de Loyola, el ejército que permanecía en la zona de guerra y no había desertado no presentaba una situación muy alentadora, no tanto por la falta de refuerzos o suministro, sino más bien por la suma de un sinnúmero de circunstancias que hacían que “el ejército atravesaba por un período de plena descomposición,

<sup>7</sup>. Información recabada en Medina, 1960. Tomo IV 328-330. Las cifras que aparecen en el cuadro pueden contrastarse con la información que dan Roberto Oñat y Carlos Roa, quienes señalan: “En 1602, las fuerzas armadas, estaban distribuidas en la siguiente forma: una compañía de capitanes reformados, compuesto de 47 hombres... La caballería costaba de 220 hombre y la infantería de 240, existiendo en los fuertes y puestos de la frontera, cerca de 400, lo cual hacía un total aproximado de 1060” (66). Cuatro años después del desastre de Curalaba el número de soldados es bastante reducido para la magnitud del conflicto, y hay que tener en cuenta que ya han llegado refuerzos con el nuevo gobernador Francisco Quiñones y que continuarán llegando, además de pertrechos para contener el alzamiento militar: la situación era, sin duda, mucho mejor que antes del alzamiento indígena.

las deserciones de los soldados eran frecuentes, la moral casi no existía, se pasaba hambre, la desnudez, casi no había armas, la guerra parecía interminable. La recompensa de los sacrificios parecía no existir sino en el cielo” (Jara 122). La desazón<sup>8</sup> de la tropa ante un futuro lleno de penurias se ve agravada por la presencia de los indígenas amigos, ayuda vital para los españoles en la conquista de América y por ende de Chile, pero en fechas cercanas a la sorpresa de Curalaba estos valiosos aliados le estaban produciendo grandes dolores de cabeza al gobernador, el cual llegó a señalar al rey: “Se nos huían cada día, llevando los mejores caballos que teníamos para vadear los ríos que lo uno y lo otro nos hizo harta falta”<sup>9</sup> (Mss. Medina, tomo 98 f. 47). Estos indígenas amigos, de gran utilidad pero de dudosa fidelidad, desangraban lentamente los recursos y también mostraban las fallas en la seguridad y vigilancia de elementos tan vitales como los caballos; eran cuerpos vitales y que dentro de la jerarquía militar tenían un oficial indígena a cargo y un servicio de intérpretes para mejorar la comunicación entre españoles e indígenas<sup>10</sup>.

Teniendo en cuenta el primer factor, que fue una falencia logística ya que no llegaban pertrechos y cuando lo hacían eran pocos y de regular condición, debemos abocarnos a otro antecedente que marcará el actuar del gobernador Martín García Oñez de Loyola, el de levantar un ejército para apaciguar a los indígenas rebeldes. Para entender este punto tenemos que remontarnos al inicio de la época de la conquista, en la cual el ejército estaba formado; para ello me remito a lo señalado por Don Tomás Bonilla, quien afirma que

<sup>8</sup>. Otro aspecto que hay que tener en cuenta en la baja moral de la tropa española son las considerables mejoras militares que habían alcanzado los indígenas; por consiguiente, la superioridad que en un primer momento tuvo el conquistador hispano se vio seriamente reducida o, incluso, superada: “Así, pues, cuando nos referimos a las batalla de Arauco, debemos colocarnos en la época, considerando que en los primeros años los aborígenes luchaban ‘a lo indio’ y fueron superando sus tácticas hasta lograr imitar, en gran parte, a los españoles, o sea peleando ‘a la Europea’ (Bonilla 177). Sobre el armamento y formas de combate indígena y español y sus posteriores modificaciones hay que remontarse a una obra clásica como es la de Salas, Alberto Mario.

<sup>9</sup>. Carta de Oñez de Loyola al Rey. Concepción, 17 de enero de 1498.

<sup>10</sup>. Roberto Oñat y Carlos Roa señalan que “del grupo de Oficiales Mayores del Campo aparece un Tomás Machin como Capitán de Amigos. Se denominaban amigos los indios que estando en paz con los españoles, accedían a prestar servicios en la guerra contra los araucanos” (65-66); en Villalobos et al. se señala: “En la primera década del siglo XVII la institución de los lenguaraces estaba reconocida en el ejército. Por lo menos, había dos de ellos, debidamente remunerados, que solían acompañar a los gobernadores cada vez que incursionaban en la Araucanía Generalmente, los que desempeñaban esa función eran mestizos” (180).

en la conquista no hubo inicialmente un ejército propiamente tal. Los mismos conquistadores hicieron las veces de colonos y de soldados y al fundarse las ciudades, era obligación de sus habitantes concurrir a su defensa cuando el Cabildo lo solicitaba. Cada uno ponía las armas, sus caballos y auxiliares que los acompañaban. El sistema llamado derrama era pésimo (Bonilla 180).

El gran problema se centraba en enfrentar a un enemigo superior en número con gente que tomaba las armas no como forma de vida sino que como necesidad, sin un entrenamiento permanente y con grandes dificultades para desplazarse<sup>11</sup>. Hay que entender que la necesidad de defensa y sus pocos bienes obliga a los conquistadores a manejar las armas y luchar contra la resistencia indígena, “premisa básica, que no fue la obligación legal sino la más pura necesidad, la que conllevó que los encomenderos tuvieran que defender con las armas en la mano sus propiedades en minas, tierras e indios, más que al orden colonial en si mismo” (Marchena 36). Ya tempranamente la Corona asociaba el servicio militar con la tenencia y manutención de encomiendas de indígenas<sup>12</sup>.

Mientras el conflicto estuviera cerca, los vecinos de las ciudades y los encomenderos se disponían vivazmente a defender sus posesiones hasta con la vida si fuera necesario: era lógico, su sustento y supervivencia dependía de ello, eran las pequeñas recompensas que habían obtenido por sus servicios a la Corona. La continuidad de la guerra impedía desarrollar las actividades

<sup>11</sup>. En Carta de Jaraquemada al Rey (1611) se señala que “los españoles actuaban en el combate en forma mas bien individual, confiando en la bondad de sus armas y caballos; salían a campaña solo en verano, debido a que el clima se los impedía en el invierno... los desplazamientos de las tropas eran totalmente desorganizados y cada soldado llevaba, por lo menos, tres servidores... sin considerar que normalmente, cada uno llevaba de 10 a 20 caballos y alrededor de 6 yanaconas y la ‘piedra de moler’” (citado en Bonilla 180). Todo ello hacía que el avance del ejército fuera lentísimo y, más bien, parecía el traslado de una ciudad.

<sup>12</sup>. “De 1535 data la real cédula que establecía las bases fundamentales de lo que debería ser el servicio militar las bases fundamentales de lo que debería ser el servicio militar anexo a la encomienda, y con carácter de aplicación general en toda la Nueva España. Entre sus principales cláusulas se establecía:

- a) Obligación del encomendero de tener armas según su calidad.
- b) Obligación de que los encomenderos tengan algunos indios de su encomienda preparados para prestar servicio militar.
- c) Obligación de los encomenderos y de los indios de sus encomiendas de prestar dicho servicio...

En 1537, se establece lo mismo para Perú... A fines del siglo XVI es general para todo el territorio americano” (Marchena 40-41).

económicas necesarias para poder lograr el tan anhelado bienestar económico que había sido el motor de casi todo español que llegó a América. Es por ello que cuando la guerra se fue alejando de sus posesiones y la vida fue tomando una cara más segura, los españoles de la zona central comenzaron a cuestionarse el seguir gastando sus recursos en una guerra en territorios lejanos que ya no les afectaba. Es tan grande el conflicto y los reclamos de los encomenderos, que el propio rey va a intervenir en 1597, señalando: “Y habiéndose platicado sobre ello en mi consejo de las indias, deseando que los vecinos y moradores de esas provincias sean relevados de lo susodicho, he tenido por bien y os mando que procuréis excusarlos y relevarlos de la guerra cuanto fuere posible” (Amunátegui S. 105-106). Estas disposiciones reales lo único que provocaron en el gobernador fue quedar cada vez más limitado, ya que los refuerzos fueron pocos y de regular cantidad, con la imposibilidad de poder contar con gente del propio territorio para continuar la guerra —en el mejor de los casos— y en defenderse en caso de una amenaza mayor.

Existía un recurso para motivar la llegada de gente para la guerra, y éste consistía en la posibilidad de poder esclavizar a los indígenas rebelados. Éste sería un buen incentivo de un gran número de gente de guerra que buscaba lucrar y podría, así, aliviar al gobernador en la carencia de soldados para la efectiva pacificación, pero

surgieron una serie de dudas acerca de la esclavitud de los indios chilenos rebeldes. Se consultó al Colegio de los padres jesuitas de Lima, quienes emitieron su respuesta. Distinguen tres clases de indios enemigos de los españoles. La primera clase la integran los indios habitualmente beligerantes, que incitan a rebelarse a los pacíficos, no perdonan a mujeres ni a niños y queman las iglesias. Estos indios pueden ser hechos esclavos perpetuos, pues contra ellos la guerra es justa, aunque quizás fuera más conveniente aplicarles una esclavitud temporal. Si los capturados estuviesen bautizados no podrían ser reducidos a la esclavitud, fuera de los apostatas. La segunda y tercera clase de indios rebeldes están formados por indios pacíficos que, hará unos veinte años, se alzaron contra los españoles y, una vez pacificados, volvieron a alzarse; y por otros indios pacíficos, buenos cristianos, los cuales, instigados por otros rebeldes, se sublevaron. A estos hay que ofrecerle la paz y la promesa de un trato más benigno” (García 170).

En base a esto, la posibilidad de esclavizar a los indígenas es casi nula; además, como señala el documento, lo mejor es la búsqueda de la paz y los



únicos indígenas que se mantenían en guerra eran los mapuches de Purén<sup>13</sup>, siendo estos por sí solos una molestia, pero no una amenaza seria. Esto obligaría al gobernador García Oñez de Loyola a tomar una política de apaciguamiento, en vez de la opción militar, ya que sabía que sus fuerzas le impedían una victoria militar y, más aún, no podría resistir una ofensiva mapuche. Ante esta verdad, sumada a las reglamentaciones sobre trato indígena, es que se ve forzado a llevar una política de acuerdo y a la búsqueda de no generar motivos por los cuales los indígenas puedan alzarse. Conciente de esto, y al verse sin opciones, es que inicia las negociaciones de paz. De esta manera, emprende una serie de parlamentos, en donde se negoció en igualdad, en una paridad que sólo se da cuando ambos contendores están imposibilitados de triunfar por la fuerza, situación que no entienden los encomenderos y sobre lo cual el gobernador tuvo que dictar innumerables ordenanzas<sup>14</sup>.

Vale la pena también preguntarse si este cambio de actitud hacia el indígena por parte del gobernador era retribuido de manera verdadera y, si era así, ¿el gobernador creía en las intenciones pacíficas del indígena? Todo indica que no le creía; podemos encontrar evidencia de ello en una carta que el gobernador Oñez de Loyola le escribe al Virrey en donde le señala el carácter de los indios. Estos firman la paz pero de modo que se ignoraba cuándo era de manera sincera y cuándo lo hacían para poder preparar la guerra, (Medina 394)<sup>15</sup>. En base a los documentos, puedo señalar que ni el gobernador Oñez de Loyola ni los indígenas tomaban por verdad la firma de la paz. Entonces, vale la pena preguntarse por qué, sabiendo lo poco fiable de la paz pactada, el gobernador la creyó tan firme. Como respuesta sólo puedo agregar que no tenía otra opción, pues si no mantenía la paz tampoco podría mantener el territorio; además, Loyola creyó que con el tiempo lograría afiatar estos pactos tan débiles por medio de un justo y buen trato.

<sup>13</sup>. José Bengoa toca este punto por el cual, a pesar de la grave crisis que existía en lo militar, el gobernador no percibía el peligro ya que “Oñez de Loyola descansaba tranquilo porque creía haber pacificado la frontera de Guerra. Pero como dice Ovalle: ‘Solo Purén era el que, defendido con el natural muro y fosos de sus ciénagas, rugía como león’” (Bengoa 320). No obstante, los mapuches de Purén son pocos y anulables si los españoles lograban mantener alianzas de paz con los demás territorios araucanos.

<sup>14</sup>. Requerimiento y capitulaciones de paz que hizo el gobernador Oñez de Loyola con algunos caciques de los indios de Chile. 1593. Véase Medina, 1960, Tomos IV, 381-378. También en el capítulo octavo de Jara, 1971, y en Villalobos, 1983, se desarrolla este tema de las diferentes ordenanzas y provisiones. No tan solo se toca el tema de los requerimientos, sino que también la reacción de los encomenderos hacia esta nueva actitud del gobernador.

Sabemos por los antecedentes antes mencionados, que desde que asumió como gobernador de Chile, don Martín García Oñez de Loyola tomó una gobernación que se encontraba en una situación muy compleja: una guerra que no da tregua y que desangra lentamente las vidas y los recursos del territorio; una falta de ayuda del virreinato y del rey al no brindar suministros y refuerzos mínimos para mantener el conflicto; la carencia de una estrategia clara por parte del gobierno central español referente a las medidas a tomar para concluir este conflicto y hacer lo necesario para que así fuese; el rechazo de los propios habitantes de la gobernación ante el cansancio de prestar servicios. El contingente militar que se encontraba en el territorio era magro en número y bajo en moral debido a los continuos reveses de su existencia al servicio de las armas, al aumento de la peligrosidad del enemigo al mejorar sus estrategias militares o por no encontrar la retribución material que esperaban cuando se enlistaron. A esto hay que sumarle que los indios amigos no lo son en seguridad plena y que más encima han empezado a desertar peligrosamente de las filas al igual que los soldados hispanos.

En un comienzo la política de negociaciones y la falta de dureza hacia los indígenas rebeldes<sup>15</sup>, siempre en pos de la búsqueda de una paz que no convencía pero que se hacía necesaria producto de la debilidad de las fuerzas españolas, van a ser aplicadas con recelo ante las verdaderas intenciones del indígena. Posteriormente, la seguridad se fue obteniendo por la falta de opciones y el querer creer en los actos realizados, con la lógica de que si actuó con justicia hacia el indígena éste tendrá que responder con paz, ayuda y servicio hacia el conquistador.

Es por todo lo dicho que vale la pena preguntarse, ¿se encontraba el gobernador Martín García Oñez de Loyola en condiciones de enfrentar un alzamiento indígena de proporciones? ¿Esperaba el gobernador un alza-

---

<sup>15</sup> Información de Oñez de Loyola para el virrey. Rancagua, 15-2-1593. Sobre la utilización de las firmas y tratados de paz por parte de los indígenas para preparar un alzamiento, hay que señalar un informe dado por dos mulatos que vivían entre los indios el 27-12-1593 que se encuentra en Medina, 1960, Tomo IV, 386 y 387.

<sup>16</sup> Encina hace mención de una carta de Melchor Calderón que se refiere a la forma de actuar del gobernador con respecto a los indios. Allí se señala: “que no se le pueden alegar agravio los indios rebeldes, pues todos los que ofrecían la paz y se tornaron a sujetar, experimentaron tanto amor, amparo y ayuda, que una de las cosas que más se murmuraban de él era el grande amor que tenía a los que se reducían; y esto por cinco años lo experimentaron, porque los que cogía en la guerra los soltaba libres y enviaba a sus tierras” (Encina 105).

miento indígena, después de implementar su política de los acuerdos? En lo personal y en virtud de los antecedentes antes desarrollados considero que no, nunca previó un alzamiento general que involucrase a indígenas amigos por años, y aun estando al tanto de zonas como Purén que se mantenían en armas, y porque, además, tampoco estaba en condición de hacer frente a una situación tan grave ya sea por falta de hombres, suministros, o ayuda.

Pero aún nos falta tocar el punto central y en el cual se le culpa por propiciar el desastre militar que le costaría la vida y la mitad de la gobernación a España. La apreciación de la historiografía es que Martín García Oñez de Loyola no supo interpretar las señales que le fueron dadas con anterioridad al desastre y, por ende, él no tomó las decisiones adecuadas a la altura de las circunstancias, pero ¿sus decisiones fueron realmente erradas debido a la información y antecedentes que manejaban? Ya sabemos que los antecedentes desde la llegada del gobernador hasta meses antes del desastre eran realmente lamentables, se encontraba amarrado de pies y manos en su actuar, siempre con recursos muy limitados que lo llevaron a tomar una actitud diplomática con tal de mantener la paz, una actitud que en sus comienzos no creyó sólida pero que posteriormente iría asimilando como verdadera<sup>17</sup>. Esta confianza se va a transformar en un factor decisivo al momento de mostrar la debilidad española y su dependencia hacia los indígenas pacificados o amigos, pues, era tal la confianza hacia el indio amigo que hasta

el capitán Vallejos, que se vanagloriaba de conocer bien a los naturales, cometió un error fundamental; en el momento de despachar la misiva a Oñez de Loyola, se le presentó un cacique con quien había acordado la paz, quien se ofreció para servir de mensajero, manifestando que a él le sería muy fácil cruzar el territorio alzado sin peligros ... No imaginaba que el enviado era nada menos que Nabalburi, jefe de los espías de Pelantaru, el cual, antes de dirigirse a La Imperial, pasó al campamento del toqui” (Estado Mayor General del Ejército, *El Toqui Pelantaru Guerrero de la Conquista* 18).

Este riesgo asumido que tenían que tomar los españoles —que veían caras y no corazones— va a tener consecuencias terribles, ya que los espías

<sup>17</sup>. Lefort nos señala un cambio de percepción sobre los indígenas que han firmado las paces, desde una abierta desconfianza a una sólida percepción de fidelidad: “Entre este momento y el desastre de Curalaba habrían de transcurrir tres años en los cuales tanto la hueste como los encomenderos habrían de afianzar su percepción de la fidelidad de los reducidos de la provincia de Arauco y de la ribera norte del Bio-Bio” (Lefort 49).

van a seguir teniendo una activa participación por parte de los indígenas y no así por parte de los españoles, que sólo le quedaba confiar en lo que les decían al no poder distinguir quién era quién. Esta actuación permitió tener al tanto a los indígenas rebeldes de las fuerzas, posiciones, etc. del bando enemigo; es así como “espías introducidos en el campo español” (Bonilla 21)<sup>18</sup> permitieron conocer al toqui Pelantaru la posición y debilidad del gobernador y empezar a urdir el plan que terminaría con la vida de este último.

Otro factor discutible son los indicios que se le manifestaron con anterioridad y que podrían señalar la posibilidad de un alzamiento general o la preparación de éste. Cabe destacar el informe de dos mulatos acerca de la preparación de los indígenas para un gran alzamiento generalizado, documentos con fecha de 1593 faltando cinco años para el desastre de Curalaba. Toda la información nos indica que los únicos indígenas que mantuvieron una actitud hostil visible fueron los de Purén, la única comarca en armas. El gobernador ya había lidiado con ellos en Lumaco en 1597 pudiendo comprobar su tenaz resistencia, llegando incluso a desviar las aguas del río del mismo nombre para obligar el abandono de las posiciones españolas<sup>19</sup>.

Era normal que todos los años y al iniciarse el verano, comenzara la época de campaña militar, en la cual el gobernador, un pequeño contingente de soldados que lo acompañaba y los respectivos indígenas amigos se adentrasen a territorio mapuche para encontrar y pacificar a los naturales rebelados, ocasión en que se aprovechaba de pasar revista a los asentamientos y fuertes españoles que pasaron todo el invierno soportando la dureza del clima y la posibilidad de ser atacados. Para los mapuches también era época de guerra y se preparaban para hacer frente a las incursiones españolas y a

<sup>18</sup> Bonilla relata como el toqui Pelantaru se mantenía al tanto de todos los movimientos, posiciones, número y demás, información que resultaba muy valiosa ya que esta era proporcionada diariamente en la noche, cuando los espías abandonaban las posiciones que mantenían con los españoles y se dirigían a las posiciones indígenas para relatar toda la información y volver al amanecer para continuar su servicio como indio amigo para con el español.

<sup>19</sup> Barros, 2000, Tomo III, 171. Aquí también se señala que este era un indicio del levantamiento que se estaba preparando y puede que así sea, pero para las dimensiones del gobernador Oñez de Loyola no fue así, solo eran algunos cuerpos aislados, nunca pasó por su mente la idea de un alzamiento general y esto se debió a que por tanto años él mantuvo la paz y las buenas relaciones con los indígenas amigos y unos fuertes castigos para con los sublevados, siendo esto cada vez menos, mostrando un panorama de tranquilidad, a excepción claro esta de los indígenas de Purén.

continuar con su campaña de hostigamiento. En estas labores habituales el gobernador recibe la noticia de que

el Capitán Hernando Vallejo, corregidor de Angol, le comunicaba, por medio de un indio, que los bárbaros de Purén habían recommenzado sus correrías hasta en las cercanías de aquella ciudad, y que habían dado muerte a dos españoles. . . Temeroso de verse atacado por los bárbaros, el capitán Vallejo llamaba urgentemente en su auxilio al gobernador” (Barros 176-177).

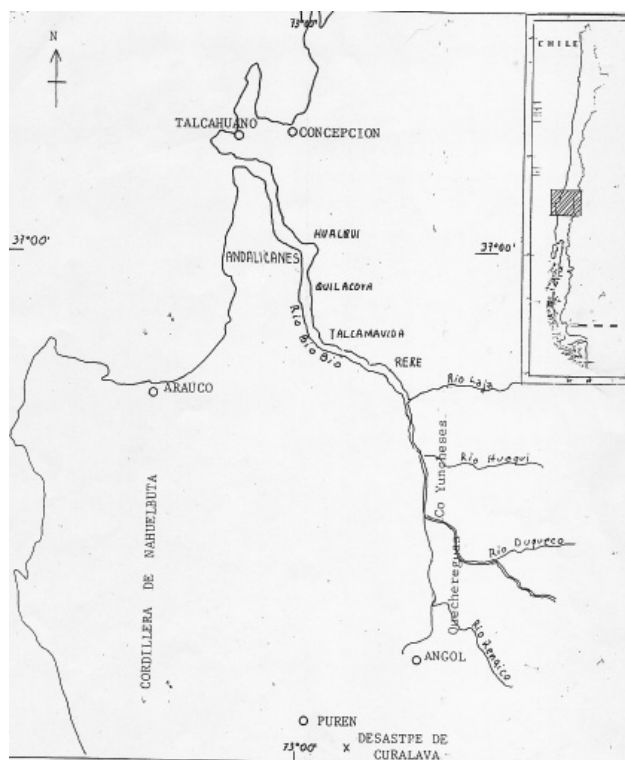
Hay que notar que las noticias que llegaban de Angol no eran para nada nuevas, ya que era la época de incursiones militares y, además, eran los mismos indígenas que permanecían rebeldes por años, los de Purén<sup>20</sup>. El error fue cometido por el Capitán Vallejo, pues envió la noticia con un indígena sin asegurarse, previamente, si era o no leal, aunque también hay que considerar que no tenía otra opción, ya que toda acción española era sabida por los indígenas mientras que toda acción indígena era casi completamente desconocida por los españoles, lo que proporcionaba una ventaja decisiva al indígena al momento de producirse el enfrentamiento.

Ante el llamado de auxilio el gobernador tomará rumbo a la ciudad de Angol. En el camino es escoltado por un contingente de la ciudad de Villarrica, pero va a ser el propio Oñez de Loyola quien los envía de vuelta a la ciudad y decide seguir sólo con 50 soldados y 200 indígenas amigos. Este acto, para muchos un descuido, debe ser evaluado a la luz de varios factores: el primero era que Loyola sabía que le enviarían de la ciudad de Angol un contingente de soldados para escoltarlo en el camino, por ello era cosa de tiempo para que se encontrara con dichas fuerzas que se sumarían a las que él ya lo escoltaba<sup>21</sup>; el segundo factor era que él suponía que se encontraba en territorio amigo, algo que se debe a su desconocimiento sobre el alzamiento general; además, son los propios naturales del lugar quienes llevan la petición de ayuda de la ciudad de Angol y lo que se sabe es que son sólo los indígenas de las ciénagas de Purén los que están haciendo estas correrías, al

<sup>20</sup>. Estos mismos hechos están señalados en las octavas 25-33 del Canto I del *Purén Indómito*, como a su vez del Canto II de *Doce Cantos Sobre Chile*.

<sup>21</sup>. “Después de haber reparado, no solo las fortificaciones de esta plaza, sino también las de Villarrica y Valdivia, volvió hacia el Bio-Bio escoltado de cerca de 300 hombres, los cuales hizo volver atrás luego que le pareció que estaba en lugar seguro, reteniendo solamente en su compañía, además de la propia familia, sesenta Oficiales reformados, tres religiosos de San Francisco” (cursivas mías, Molina 252).

igual que el año anterior. Los antecedentes que manejaba el gobernador Oñez de Loyola eran que con el contingente que llevaba sería más que suficiente para defenderse y que la cercanía de la comitiva que lo iba a encontrar en el camino sería bastante disuasión ante un eventual ataque. Como señala Edmundo Lefort Labadie en su trabajo *Status y Función del Indio Amigo en la Guerra de Arauco (1536-1641)*, Loyola se encontraba realmente muy cerca de los territorios que eran reconocidos leales a los españoles, lo que puede verse en el siguiente mapa.<sup>22</sup>



Este mapa nos señala el lugar del desastre y lo cerca que se encuentra la ciudad de Angol a los territorios de indígenas amigos, antecedentes que manejaba el gobernador.

<sup>22</sup> El presente mapa se encuentra en la tesis de Lefort, 1991.

Después de un largo día de marcha, el gobernador Martín García Oñez de Loyola<sup>23</sup> decide acampar en un pequeño valle llamado Curalaba o Curalau para pasar la noche. Una vez preparado el lugar se disponen a dormir, los caballos se dejaron sin las sillas, los soldados durmieron sin sus ropas y armas puestas y como precaución se dejaron unos cuantos centinelas<sup>24</sup>. Y es aquí donde hay que detenerse un segundo, en las decisiones que hay que tomar como precaución para la defensa del campamento, pues es extraño que ningún soldado precavido decidiera tener las armas cerca o tomar alguna otra acción que pudiera en algún momento salvarle la vida o, por último, tener una defensa decorosa de ésta. Una actitud de alerta no se refleja por ningún lado y esto se debe a que todos creen estar seguros, es una sensación compartida, no es una mala decisión individual, sino que pecaron ante el desconocimiento de la avalancha que se aproximaba.

El gran actuar en lo táctico y logístico fue de los araucanos y su comandante Pelantaru, quienes lograron mantener en las sombras la preparación del gran levantamiento, aprovechando las oportunidades que se les fueron presentando. Es así como en la madrugada del 23 de diciembre, y viendo que la guardia se retiró a dormir apenas las luces del alba rompieron las tinieblas y aprovechando una bruma que había en ese momento que sirvió para ocultar el desplazamiento de los 300<sup>25</sup> conas indígenas que en la noche rodearon el campamento, atacaron por sorpresa, en lo que se va a conocer como el desastre de Curalaba.

<sup>23</sup> Hay que recordar un factor que puede parecer anecdótico, pero que hay que tener en consideración: se ha escrito en *Purén Indómito* (Canto I), como en *Historia General del Reino de Chile, Flandes Indiano* del Padre Rosales (capítulo VII) acerca de los presagios sobre la muerte del gobernador Oñez de Loyola, el sueño que le avisaba de su muerte y el aviso del capitán Pedro Escobar de Ibacache que le ruega al gobernador que no saliera rumbo a Angol, ya que presiente su muerte. Hay otra historia sobre una gitana que le leyó la suerte cuando era joven y le había presagiado su muerte. Lamentablemente, estos hechos no son comprobables, pero dejan ver un miedo latente por parte del gobernador y, entrando en el campo de la psicología, puede que Oñez de Loyola haya desafiado la suerte como una forma de desafiar su destino, especulaciones que no dejan de ser interesantes.

<sup>24</sup> La visión común es señalar que el gobernador no tomó ninguna precaución, como se aprecia en la siguiente cita: “El gobernador acampó descuidadamente en el valle de Curalaba en un sitio llamado Coipo... Sólo el provincial fray Tovar, con la corazonada de que algo grave iba a ocurrir, solicitó, sin resultado; que por precaución se ensillaran los caballos y se reforzaran los centinelas, siendo objeto de burlonas observaciones de parte de los soldados” (Bonilla 21).

<sup>25</sup> Molina señala que son 200 conas (Molina 252).

Este enfrentamiento es importante para la historia de Chile, ya que marca el final de la Conquista y comienzo de un largo período colonial. Este hecho en sí va a llevar a la Corona española y a los virreyes del Perú a tomar medidas claras para poder mantener la gobernación, ya no se va a subestimar al indígena araucano y por ello se va a generar la necesidad de mantener un ejército profesional en Chile.

## Conclusión

La revisión de los pasos seguidos por el gobernador y las situaciones que le tocaron vivir se dejaron de lado para centrarnos sólo en el día del desastre de Curalaba y en la derrota que marcó un cambio en la actitud del español en Chile y de la larga guerra de Arauco, pero la historia ha dejado de lado la enorme evidencia que se acaba de presentar y que nos señala que el actuar del gobernador Martín García Oñez de Loyola fue condicionado por un cúmulo de situaciones que lo fueron arrinconando en su actuar, todo por intereses políticos que descuidaron e ignoraron la precariedad militar del reino. La política no entendió la guerra y el gran perjudicado fue el gobernador Oñez de Loyola.

Este escrito intenta demostrar con evidencia documental e historiográfica que el gobernador Martín García Oñez de Loyola sí era un militar experimentado y que sus decisiones estuvieron siempre condicionadas por lo estrecho de los recursos militares, los bastimentos y la continua negativa de ayuda por parte del virrey del Perú. Para cuando la situación cambia los refuerzos son pocos y las posibilidades de mantenerlos en sus posiciones son nulas debido a la mala fama de la gobernación y a la pobreza de ésta, siendo, además, los contingentes de indígenas amigos un dolor de cabeza más, tanto por su poca confiabilidad y el continuo hurto de pertrechos.

Otro factor que queda claro en este escrito es el escaso apoyo de los propios habitantes de la gobernación y la resistencia a prestar servicio y dar provisiones al ejército, sumándole a esto el apoyo que recibieron los vecinos por parte de la Corona para negarse a brindar la tan necesaria ayuda.

Para empeorar las condiciones están los mapuches, que siguen en pie de guerra buscando propiciar una derrota contundente a las armas españolas, situación que es profundamente elaborada y pensada, y que culmina con la muerte del gobernador en Curalaba.

Los antecedentes señalados obligaron a don Martín García Oñez de Loyola a buscar dilatar cualquier enfrentamiento por medio del uso de una



política de apaciguamiento y de conseguir la paz con los indígenas. Esto fue y ha sido visto como prueba de la debilidad del gobernador, situación que puede ser considerada un error ya que queda demostrado que utiliza una táctica de acuerdos antes que respaldar un enfrentamiento que sabe perdido. Lamentablemente la historia ha juzgado mal su actuar y lo ha tachado como el gran responsable del desastre de Curalaba, pero como este trabajo demuestra, no hay un único responsable sino varios, siendo el principal de todo la política de la Corona que no vio o no entendió la realidad de la gobernación y el actuar del Gobernador como la correcta.

### Bibliografía

- Amunátegui Solar, Domingo. *Las Encomiendas de Indígenas en Chile. Memoria histórica presentada a la Universidad de Chile, en cumplimiento del artículo 22 de la ley de 9 de enero de 1879*. Santiago de Chile: Imprenta Cervantes, 1909.
- Amunátegui, Miguel Luis. *Los Precursores de la Independencia de Chile*. 2 Tomos. Santiago de Chile: Imprenta Barcelona, 1910.
- Anónimo. *Doce Cantos Sobre Chile*. Transcripción, Notas y Estudio de Eduardo Cebrián L. Santiago de Chile: Editorial Puerto de Palos, 2007.
- Arias de Saavedra, Diego. *Purén Indómito*. Santiago de Chile: Editorial la Noria, 1984.
- Barros Arana, Diego. *Historia General de Chile*. Tomo III. Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 2000.
- Barros, José Miguel. *El Desastre de Curalaba: un Testimonio Directo*. Boletín de la Academia Chilena de la Historia. 97 (1986): 131-140.
- Bengoa, José. *Historia de los antiguos Mapuches del Sur. Desde Antes de la Llegada de los Españoles Hasta las Paces de Quilín*. Santiago de Chile: Catalonia, 2003.
- . *La Memoria Olvidada. Historia de los Pueblos Indígenas de Chile*. Santiago de Chile: Publicaciones del Bicentenario, 2004.
- Bonilla Bradonovic, Tomás. *La Gran Guerra Mapuche 1541-1883. Análisis Crítico-Histórico*. 2 Tomos. Santiago de Chile: Instituto Geográfico Militar, 1988.
- Encina, Francisco. *Historia de Chile*. Tomo III. Santiago de Chile: Editorial Ercilla, 1983.
- Estado Mayor del Ejército. *Historia Militar de Chile*. Santiago de Chile: Geniart, 1997.
- Estado Mayor General del Ejército, Departamento de Relaciones Internas del Ejército sección Publicaciones Militares. *El Toqui Pelantaru Guerrero de la Conquista*. Santiago de Chile: 1979.
- García Añoveros, Jesús María. *El Pensamiento y los Argumentos Sobre la Esclavitud en Europa en el Siglo XVI y su Aplicación a los Indios Americanos y a los Negros Africanos*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2000.
- Guarda, Gabriel. *Flandes Indiano. Las Fortificaciones del Reino de Chile 1541-1826*. Santiago de Chile: Ediciones de la Pontificia Universidad Católica, 1990.

- Jara, Álvaro. *Guerra y Sociedad en Chile: La transformación de la Guerra de Arauco y la Esclavitud de los indios*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1971.
- Larrain Valdés, Gerardo. *Los Últimos Conquistadores*. Santiago de Chile: Editorial Luxemburgo, 2001.
- Lefort Labadie, Edmundo. *Status y Función del Indio Amigo en la Guerra de Arauco (1536-1641)*. Tesis para optar al grado académico de licenciado en Historia en la Pontificia Universidad Católica. Santiago de Chile, 1991.
- Marchena Fernández, Juan. *Ejército y Milicias en el Mundo Colonial Americano*. Madrid: MAPFRE, 1992.
- Marínez Laínez, Fernando y José María Sánchez de Toca. *Tercios de España la Infantería Legendaria*. Madrid: EDAF, 2006.
- Medina, José Toribio. *Colección de Documentos Inéditos para la Historia de Chile*. Segunda serie. Tomos III, IV y V. Santiago de Chile: Fondo Histórico y Bibliográfico J.T. Medina, 1960.
- . *El Piloto Juan Fernández*. Santiago de Chile. Editorial Nacional Gabriela Mistral, 1974.
- Molina, Ignacio. *Compendio de la Historia Civil del Reyno de Chile*. 2 Tomos. Santiago de Chile: Pehuén, 2000.
- Ocaña, Fray Diego de. *Viaje a Chile. Relación del Viaje a Chile, año 1600, Contendida en la Crónica de viaje Intitulada "A través de la América del Sur"*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1995.
- Oñat, Roberto y Carlos Roa. *Régimen Legal del Ejército en el Reino de Chile*. Santiago de Chile: Editorial del Pacífico, 1953.
- Rosales, Diego de. *Historia General del Reino de Chile, Flandes Indiano*. II Tomos. Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello, 1989.
- Ruiz-Esquide Figueroa, Andrea. *Los Indios Amigos en la Frontera Araucana*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1993.
- Salas, Alberto Mario. *Las Armas de la Conquista*. Buenos Aires: Emecé, 1950.
- Vergara Quiroz, Sergio. *Historia Social del Ejército de Chile*. 2 Volúmenes. Santiago de Chile: Vicerrectoría Académica y Estudiantil Departamento Técnico de Investigación Universidad de Chile, 1993.
- Vigon, Jorge. *El Espíritu Militar Español. Réplica a Alfredo de Vigny*. Madrid: Ediciones Rialp, 1950.
- Villalobos, Sergio. *Historia del Pueblo Chileno*. Santiago de Chile: Zig-Zag, 1983.
- Villalobos, Sergio, et al. *Relaciones Fronterizas en la Araucanía*. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Católica de Chile, 1982.

### Fuentes manuscritas

Archivo Biblioteca Medina Tomos 97, 98, 100 y 230. Biblioteca Nacional de Chile.